

DOMINGO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

1ª lectura (Éxodo 34, 4b-6.8-9): *Señor, Dios compasivo y misericordioso.*

Salmo (Dan 3, 52a y c.53a.54a.55a.56a): *«¡A ti gloria y alabanza por los siglos!»*

2ª lectura (2ª Corintios 13, 11-13): *Hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu.*

Evangelio (Juan 3, 16-18): *El que cree en él no será juzgado.*

Desde el primer momento de la vida las personas necesitamos adultos a nuestro alrededor. Padres, madres, que nos cuidan, nos alimentan y nos defienden de los peligros. Maestras y maestros que atienden regularmente nuestra inteligencia y la convivencia con nuestros iguales. Al convertirnos en adolescentes y jóvenes la relación con los demás se transforma en una búsqueda continua de personas iguales a nosotros, a las que llamamos con el nombre de amigos y amigas. Ellos nos ayudan a identificarnos como personas, iguales y diferentes, con sus cuidados e interpelaciones.

La vida adulta, la más larga de nuestra existencia, en sus distintas etapas también necesita respirar un aire sano. En la primera de ellas, marcada por la opción de vida que queremos que dure un tiempo largo, el aire que necesitamos se llama “posibilidades”, (trabajo, familia, vivienda). En la segunda, el aire se llama “crianza”, (trabajo, cuidados, familia). En la tercera, la de la jubilación, el aire se llama “disponibilidad” y está dedicada a reparar la historia, a ser con los demás y a agradecer los cuidados que nos regalan los demás. Dios es: Padre-Madre que, está atento a mantener de pie a todas las personas, cuidando su dignidad de hijos; todos en la misma casa con todo lo necesario para crecer y disponer de los medios suficientes para vivir solidariamente.

Antes, cuando alguien me preguntaba: “¿Cree usted en Dios?”, inmediatamente respondía: “Por supuesto que sí”. Con los años me he vuelto más cauteloso. Ahora, cuando alguien me hace esa misma pregunta, respondo: “Depende”. Extrañado, pregunta: “Como que, ¿depende?”. Sí, claro, respondo, depende de lo que usted entienda por “creer” y depende, sobre todo, de lo que usted entienda por “Dios”. Porque “creer” no significa simplemente tener una opinión acerca de algo, y mucho menos aceptar “supuestas verdades” que irían contra la razón. No, creer no es eso.

La fe es un acto libre y no la conclusión de un razonamiento, ni el resultado de una prueba científica o un argumento filosófico. No se cree en algo, creemos en alguien. La fe es fruto de un encuentro. Cuando nuestro interlocutor nos parece una persona confiable, creíble, no le exigimos pruebas de ninguna índole, sino que aceptamos su palabra por el respaldo que le otorga su estilo de vida.

La fe en Dios nace de un encuentro, con Dios o con los de Dios. Es así como los cristianos hemos establecido y fortalecido nuestra fe en Dios. Para mí, la fe no es un asunto sencillo. Es un don de Dios que se vuelve aceptable gracias a la iniciativa que Él ha tomado al salirme al encuentro y gracias también a la confianza que me inspiran tantos testigos de tantas y tan variadas tradiciones religiosas en el mundo, especialmente en nuestra tradición judeo-cristiana. La vida de fe es difícil, ciertamente, pero la vida sin fe me parece imposible. Creo, es verdad, pero no de cualquier manera. Ni soy un ingenuo ni soy un crédulo, solo intento ser un hombre de fe.

Y sí, creo en Dios, porque solo en Dios se puede creer, pero tampoco se trata de cualquier Dios. Creo en un **Dios-Padre**, más preocupado por lo que hacemos unos con otros que por lo que hacemos por Él. Un Dios que libera y camina junto a su pueblo. Un Dios que deja clara su santidad y así nos descubre su intransigencia con el pecado, pero que, al mismo tiempo, nos invita a entrar en esa alianza de vida a través de la cual Él me santifica.

Creo que Dios, mediante la acción poderosa de su Espíritu, fecundó las entrañas purísimas de María para que su Hijo se hiciera hombre. Creo en **Dios-Hijo** que se abajó de toda su divinidad haciéndose igual a nosotros de la mejor manera, puso su tienda de campaña junto a las nuestras, como una más; donde todo el mundo la pueda ver y sentirlo cercano; a la que cualquiera de nosotros podamos acudir a saciar nuestra hambre y nuestra sed de vida creciente, con capacidad de vivirla con otros.

«Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna». Creo en Jesús de Nazaret, que respondió en total fidelidad al amor del Padre, a pesar de la prueba injusta y de la muerte ignominiosa que los mismos hombres, sus hermanos, le causamos. Creo que el mismo Padre, por la acción poderosa de su Espíritu, levantó a su Hijo de entre los muertos y lo hizo causa de salvación para todos nosotros. Creo que **Dios-Padre-Hijo**, envió su Espíritu a la comunidad apostólica, reunida el día de Pentecostés, y la hizo salir de su recinto de puertas cerradas para volverse testigo de Dios salvador hasta los últimos confines de la tierra.

Creo en **Dios-Espíritu Santo**, que nos ayuda a descubrir las muchas posibilidades que tenemos los seres humanos para desarrollarnos como personas en plenitud. Dios Espíritu santo que, nos capacita para ayudar a crecer a otros en dignidad y en valores humanitarios. Y va haciendo que, a lo largo de la vida, con la ayuda de las personas que tenemos alrededor, crezcamos en disponibilidad para poner nuestra propia persona al servicio de las demás. Creo en ese único Dios que es la **Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo**, una comunidad en perfecta comunión que, nos ha tomado, para siempre, como cosa suya. *¡No podríamos estar en mejores manos!*